

EL IRIS.

CIENCIAS, ARTES, LITERATURA.

REDACTORES.

J. A. SEGRESTAA. — SIMON CALCAÑO.

EL PRIMER SUSPIRO.

Solo el silencio testigo
Ha de ser de mi tormento,
Y aun no cabe lo que siento
En todo lo que no digo.

CALDERON.

Inocente virgen, ¿qué te aflige? ¿Por qué brilla una lágrima en tus ojos abatidos?—Ayer rizaba tu negra y reluciente cabellera, radiante la frente de esplendores y llenos los labios de sonrisas; ¿por qué inclinas ahora la cabeza, como al fuera un peso su hermosura, y descuidadas descienden por tu seno las trenzas de tus cabellos?—Las melodías de una música seductora animan las danzas en la sala del festín; ¿por qué tu corazón no palpita de entusiasmo, y apartada de tus amigas, buscas la soledad? Tú no lo sabes, y al preguntárselo á tu alma se hace tu tristeza mas profunda, y solo me respondes con un suspiro....

Alegres fiestas reclaman tu presencia; ¿por qué has olvidado tus diamantes y adornos? ¿No amas ya tus collares? ¿Perdieron para tí su belleza las gazas de tus vestidos? ¿No es ya el wals ese placer inefable que ayer te trasportaba impaciente hasta los mas ajitados sueños del delirio?—Tu planta lijera se desliza, como las brisas de la mañana, al compas de la armenia; la gentileza de tu talle es la de las sílfides, cuando te entregas á los torbellinos fantásticos de la danza; ¿por qué falta tu figura en ella? ¿por qué se ausenta pensativa la reina deseada del festín?—Ah! nada, de eso halaga ya tu fantasía; ¿qué cambio hace morir así tu animacion con un suspiro?

Alza á ese cielo tu mirada: ¡qué dulcemente alumbrá sus espacios la limpia luz de esa hermosa luna! No es mas bella que esa apacible claridad de la esperanza, cuando se lleva á lo alto de nuestra existencia, disipando las sombras de la melancolía. Mira esa cúpula sin término, en que rielan estrellas innumerables como las lámparas de una fiesta universal á que sirve de templo el firmamento. Levanta los hermosos ojos: un rayo del astro de la noche iluminará tu corazón como ilumina esa lágrima que corre por tu mejilla.—Así, así... ¿no sientes que delante de ese espectáculo respira mejor tu pecho? ¿no te embriaga ese aire como un sueño de la fantasía adormecida?—Para tan sublimes encuentros no tienes una palabra de admiración; la inmensidad de ese firmamento, que derrama á torrentes el deleite, no te envía á tí sino un suspiro?

Escucha el murmullo de ese arroyo. Nace de entre el bosque inmediato, para dilatarse algunas horas en ese lago de aguas claras y serenas, y perderse despues entre las flores. Ese raudal es una imagen tuya: las sombras del amor te protegieron en la infancia; tu bella alma, como ese lago refleja el cielo en su pureza, y flores brotarán á tu paso y trazarán sobre la tierra tu camino.—Mi voz, demasiado áspera para tus oídos, no puede consolarte; háblente en su lenguaje misterioso las armonías interminables de esa alegre corriente. Oye!... ella se desliza entre saludos mil á sus orillas para detenerse estasiada y silenciosa reflejando en su seno las estrellas; ella te promete una felicidad como la suya, y te invita á continuar la vida sin que asome á tu frente la tristeza.—¿También ese arroyo te hace mal? ¿vuelves el rostro? ¿suspiras?...

¿Qué peso de dolor inexplicable oprime tu alma virginal? La muerte no ha arrebatado de junto á tí ninguno de los que te aman: la desgracia no ha pasado nunca los umbrales de tu hogar: los días han espirado unos tras otros dejándote para adornar tu frente el mas puro de sus rayos: tus recuerdos son bellos como esperanzas, y tus esperanzas podrian formar un cielo á la mas aérea fantasía. Mira esos campos alumbrados por esa luz má-

jica que sobre todo tiende sus velos de diaphanidad encantadores; los ángeles los aceptarían por patria: eso es el mundo para tí—No me oyes: tu cabeza, un momento suspendida, vuelve á reclinarse sobre tu mano de alabastro; tu pecho, lleno de juventud, se abate ausente de su entusiasmo, como la vela abandonada por el viento, y parece haber exhalado toda su respiración en un suspiro!

¡Eres un arcángel que sueñas acaso con tu sueño! Arrebatado en medio de tu vuelo, de las regiones de lo alto, pides á Dios tal vez que te devuelva tus alas? ¡No sientes que es mas hermoso vivir entre las aflicciones de aquí abajo, cuando una misión sagrada nos da el poder, que recibiste tú, de enjugar ardientes lágrimas y endulzar el dolor mismo? Eres mujer, tu corazón es una arca santa de ternura en que se encierra un tesoro de virtudes celestiales: alza la frente; el mundo es bello porque habitan en él seres divinos que se parecen á tí; la existencia, desde el nacimiento hasta la muerte, os debe sus días de felicidad; la resignación, la esperanza, el olvido del pesar.—¡Por qué abatirse, por qué buscar la soledad para derramar en ella, en suspiros que así te rinden, lo mas precioso de tu vida? Hablas? Ya te escucho; comprendo ahora tus tristezas.... ¡Lloras, porque amas demasiado todo lo que te rodea?.... ¡Llamas la soledad por compañera, por qué, en medio de tus amores, aun se halla tu alma demasiado sola?.... Virgen encantadora, yo te prometo por existencia un paraíso en nombre de tu sensibilidad angelical y por premio de ese suspiro.

Como tú, se inclina también la rosa en su primer mañana bajo el peso del rocío; pero, mira, hai siempre un rayo de sol que aspira amante sus lágrimas, y que realizando sus encantos, ilumina su hermosura y le devuelve su vigor; alguna nube fugaz puede empañar un instante la faz risueña de esa luna, pero qué importa, si basta el menor soplo del viento para disipar la negra sombra y restituírle su esplendor? Una hoja seca, desprendida de un árbol de sus orillas, ha borrado las estrellas en el cristal de esa fuente; pero, no ves? Al tranquilizar su seno, brilla mas bello el firmamento en el fondo de sus aguas.—Seca ese llanto sin causa, serena, niña,

tu hermosa alma : estrellas mil tiene tu vida ; y hai mas rayos de luz en tu mañana y auras de amor en tu cielo, que lágrimas pudieran inundar tu dulce rostro, al rendir el corazon en un suspiro.

FRANCISCO ARANDA Y PONTE.

POESIA

Escrita en un Cementerio.

He aquí el asilo de la eterna calma,
Do solo el sauco desmayado crece....
; Dejarme aquí, que fatigada el alma
El aura de las tumbas apetece !

Los que aspirais las flores de la vida,
Llenas de aroma, de placer y gloria,
No piseis el lugar do convertida,
Vereis su pompa en miserable estoria :

Mas venid todo lo que el ceño airado
Del destino mirasteis en la cuna ;
Los que sentis el corazon llagado
Y no esperais consolacion alguna.

; Venid tambien, espíritus ardientes,
Que en ese mundo os agitais sin tino,
Y cuya inmensa sed sus turbias fuentes
Calmar no pueden con raudal mesquino !

Los que el cansancio, no conocisteis antes
Que paz os diesen y quietud los años. . . .
; Venid con vuestros sueños devorantes !
; Venid con vuestros tristes desengaños !

Aquí, si os turban sombras de la duda,
La severa verdad inmóvil vela :
Aquí reina la paz eterna y muda,
Y la paz el alma fatigada anhela.

Los que aquí duermen en profundo sueño,
Insomnes cual nosotros se agitaron.....
Ya de la muerte en el letal beleso,
Sus abrazadas sienes refrescaron.

No aquí las horas, rápidas ó lentas,
Cuenta el placer ni rinde la esperanza :
; Quiébranse aquí las olas turbulentas,
Que el huracan de las pasiones lanza !

Venid conmigo, y al oscuro asilo,
Silencio y paz demandaremos juntos :
Venid conmigo, y el solaz tranquilo
Envidiemos, á par, de los difuntos.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

À MI AMBICION.

¡ Quién eres tú, fantasma soberano
Que turbas sin cesar mi corazón ! . . .
¡ Por qué me arranca tan inconstante mano
Perdida mi ilusión ?

¡ Por qué en la nube transparente pintas
Despuda y sin colores la verdad,
Si de la nube en las variadas tintas
Rueda la inmensidad ?

¡ Por qué me henchiste el corazón de orgullo
Con locuras de gloria y de valor,
Si he de escuchar en lúgubre murmullo
Mi triste desamor ?

Tu me arrancaste de mis patrios lares
En pos de gloria y de saber en pos,
Y allí encontré ignorancia, allá pesares,
Porque la ciencia es Dios.

Si ensanohaste mi torpe inteligencia,
Mi frente envejeciste y mi laud,
Ora es árida y seca mi existencia,
Sin flor, mi juventud.

¡ Y este es el desengaño ? ¡ estos los dones
Que en tu copa nos brindas, Ambicion ?
Llévate en paz mil dulces ilusiones
Mas deja al corazón.

Huye de mí, fantástica mortaja,
Que corres tras mis horas de placer,
Vete á esperarme en la mortuoria caja,
Déjame renacer.

EL IRIS.

Que aun puedo ver entre celajes de oro
Esos prismas de púrpura y zafir,
Y en los placeres que perdidos lloro
Mi dulce porvenir.

Aun puedo ver la Aurora que derrama
Luz y rocío en cielos y vergel,
Y ver entre el vergel, rocío y llama
Al santo de Israel.

Aun puede ver el Sol esplendoroso
Y respirar su aliento abrasador,
Y ver sobre su espejo luminoso
La imagen del Señor,

Aun puedo ver del horizonte puro
Las misteriosas ráfagas de luz;
Y dirigir también mi pié seguro
A la sagrada Cruz.

Huye de mí, fantástica mortaja,
Que corre tras mis horas de placer.
Vete á esperarme en la mortuoria caja
Déjame renacer.

FRANCISCO ORGAZ.

AL INTERÉS.

SONETO.

¡No ves querido Anífo, alarbe entero
profanando de Cristo los altares,
holocaustos y ofrendas á millares
sacrificar al interés rastrero!

A su elocuente voz se arma el guerrero;
surca el piloto procelosos mares,
y el mercadante huyendo de sus lares
parte á buscar de su ídolo el venero.

Obsérvale excitando entre los reyes
de la ambición el vértigo espantoso
cual en su furia nada le sujeta.

Un alma, empero, á sus tremendas leyes
constante opondrá el dique poderoso. . . .

¡Sabes cual es? El alma del Poeta.

FELIX M^a DELMONTE.

(Dominicano.)

LA ESTATUA DE BRONCE.

CIENTO.

I.

Era Alberto uno de esos hombres que vienen al mundo para ocupar un lugar distinguido en la sociedad; así le abundaban las cualidades morales como se aventajaba en prendas físicas. Era alto, bien formado, de miembros delgados y nerviosos. Tenía ojos de mirada penetrante y fuego irresistible, una boca que envidiaría una niña de quince años, y una fisonomía llena de fuego é inspiración. Largos cabellos negros ondeaban, naturalmente rizados, sobre un cuello que un estatuario pondría sobre los hombros de un Apolo y en su apuesta y gentil presencia se descubría la finura aristocrática y el porte de un hombre del gran mundo.

En el momento en que le conocemos está sentado junto á una mesa, cubierta por un largo tapiz de terciopelo oscuro; en esta mesa se ven con profusion objetos de artes y ciencias diseminadas por todas partes, cartas geográficas, planos principiados, instrumentos de matemáticas; pinceles, paletas, trozos de mármol y aves disecadas. En toda la habitación se encuentran los mismos objetos, mas ó menos; caballetes de pintor, cuadros antiguos, arreos de casa, esqueletos humanos, cinceles y estatuas de estuco, madera y mármol; rotas las unas, principiadas las otras y ninguna concluida.

Pero lo mas notable que se ve en el centro de aquel salon, colgado y entapizado con un gusto esquisito, es una estatua colosal de bronce de un trabajo perfecto y acabado. Representa á Vénus, la voluptuosa protectora del amor, en el momento de recibir una ofrenda. Su cuerpo, de formas redondas, mórbidas y tentadoras, está ligeramente inclinada hácia adelante, tiene un brazo estendido con gracia como para aceptar lo que le ofrecen, y con el otro se cubre ruborosa el seno. Respira aquella obra maestra un perfume de amor indefinible; y en sus ojos sin pupila, en su boca entreabierta, en sus formas de una belleza ideal, hal ése encanto irresistible que tanto conmueve la imaginación del artista.

Alberto se levantó de su asiento y con lento paso y cruzando los brazos se puso á contemplar con un inte-

res, imposible de describir la hermosa Vénus. Sus labios se agitaban como si murmurara una oracion, y de vez en cuando hondos suspiros salian de su pecho.—Encantadora imagen, la decia :

Tu que un tiempo el amoroso culto
del universo entero recibias,
tú que la dicha al corazon volvias
de los que te imploraban en tu altar;
tú que en carro de nítidas neblinas
al vago aliento del Olimpo fuiste ;
tu que la vida del alma recibiste
en las revueltas ondas de la mar ;

Yo te adoro, ángel nacido
de las espumas del mar,
si otros te dan al olvido
yo animoso te he erigido
en mi corazon tu altar.

Y arrodillado ante la estátua derramaba lágrimas ardientes, y arrebatado por el impulso de su delirio posaba sus labios de fuego en los helados labios de la Vénus de bronce. Hablaba con la inánimada Diosa como si fuera su desposada, la hacia mill protestas de ternura y de amor eterno, y de tal modo estaba dominado por su febril emocion, que sin reparar en lo que hacia, puso un magnífico anillo en los dedos de la Vénus, en prenda de su amor imperecedero.

II.

Desconsolada la noble familia de Alberto de su estado lastimoso, buscaba en vano las medidas mas hábiles para librarle de la fiebre tenaz que le devoraba. Todo era inútil : Alberto solo pasaba algunas horas tranquilas cuando le permitian ir á su gabinete, pero desde el instante en que le alejaban de allí, empezaba el delirio y calentura. Su buen padre resolvió que hiciera algunos viajes acompañado de un amigo de colegio, porque el honrado anciano temia que su hijo estuviera dominado de una pasiva desgracia, no pudiendo concebir que una Vénus de bronce fuera capaz de volverle al juleco. Partió en efecto Alberto con su amigo, y seguramente la variedad de objetos, el cambio del movimiento, las novedades que le sorprendian en otros paises, efectuaron la curacion de que habian conseguido los mas nombrados profesores.

Con lágrimas de gozo recibió el anciano padre á Alberto, un año despues de su partida, sano de sus pasadas

manías. Ya frisaba el jóven en los treinta años, y su padre sintiendo ya el fin de sus cansados días, le dijo una tarde que había ajustado su matrimonio con una rica y hermosa jóven, y que no aguardaba mas que su asentimiento para efectuar el enlace.

—Lo que haga U. está bien hecho, le contestó su hijo.

III.

Pocos días despues se oia en los salones del padre de Alberto, el estruendo de la música, el rumor alegre del festin. Brillantes luminarias lanzaban sus reflejos usurpando las luces del día y una numerosa concurrencia se entregaba al placer del baile. Alberto se casaba esa noche y recibia de sus amigos felicitaciones y apretones de manos : era feliz.

Pronto concluyó el festin, que nada acaba mas pronto que el placer, y Alberto estaba departiendo con su esposa, solos, felices y olvidados del mundo. Ella habia puesto un riquísimo anillo en los dedos de su esposo y este quiso darla en prenda de su amor una sortija que era sagrada por haberla recibido de su madre. Entró con su esposa al gabinete que ya conocemos y ambos se acercaron á la magnífica Vénus que apareció con una figura siniestra en la media luz de la habitacion. En su brazo estendido brillaba como un lucero el diamante de Alberto. Fué este á arrancarle el anillo y quedó trémulo y sin color, y á no ser por su novia, hubiera caído sin conocimiento. La Vénus habla apretado sus dedos frios para no dejarse arrancar la prenda. Un sudor helado corría por la frente de la desposada, que trémula y vacilante se acercó á la estatua para quitarle el gaje de su esposo. La colosal figura estendió sus brazos y estrechando contra su seno á la desgraciada jóven la ahogó. La pobre niña no lanzó ni un grito, dobló su frente todavia coronada con sus azahares virginales y espiró tranquilamente. Alberto dió un grito espantoso, sus ojos se fijaron de un modo horrible como si quisieran saltar de sus órbitas, y arrancándose los cabellos con desesperacion cayó en el pavimento.

Entonces llegó á sus oídos una voz espantosa que le dijo :

Yo te adoro, Ángel nacido
de las espumas del mar
si otros te dan al olvido.

EL IRIS.

yo amoroso te he erijido
en mi corazon tu altar.

Se levantó frenético, arrojó la estatua del pedestal que rodó poniendo en sus brazos un cuerpo helado: era el de su esposa. El infeliz cayó de rodillas en el pavimento, lanzando un grito que no se puede describir. Estaba loco.

ISABEL MARTINEZ.

MORTAL.

A la falda de aquel cerro,
En silencio y paz eterna,
Hai una tumba sencilla
Que ilumina las estrellas.

¿Quién duerme allí? quién reposa
Bajo esa triste arboleda
Que cuando la ven mis ojos
Cuando mi alma la recuerda,

De una angustia inexplicable
El pecho todo me llena,
La mente de ideas confusas
Y el corazon de tristeza!

Genio de las tumbas! Genio
Que en estos hogares veias,
Y guardas á los que duermen
En sombras de noche eterna,

Tú que á los cuerpos mortales
Asilo en tu alcázar prestas
Y sobre tus negras alas
Al cielo las almas llevas;

Ven y dime, triste Genio
Que en estos hogares veias,
Dime el nombre del que duerme
A la luz de las estrellas.

GENIO.

Pasa, Mortal, no interrumpas
De esta mansion la tristeza;
No quieras saber el nombre
De la que duerme en la huesa.

EL IRIS.

No es ya la graciosa niña,
Como graciosa modesta,
Luz de estrellas en sus hogares
Rayo de sol en las fiestas.

Su cuerpo es yerto cadáver
Que estrecho sepulcro encierra;
Un poco de polvo vazo
Que el euro vago se lleva.

Y el alma cándida y pura
Que lo prestó su belleza
Es ya un ángel, y los ángeles
No tienen nombre en la tierra.

Pasó! mas dejó en el mundo
Una madre entre tinieblas,
Madre que llora, que llora
Su hermosa esperanza muerta.

Su madre! toma la lira,
La lira de las tristezas,
Y adormece con tus cantos
El escozor de su peña.

MORTAL.

Bien dicea, Genio, la muerte,
La muerte de la inocencia,
Es un triunfo para el cielo
Si un dolor para la tierra.

Llore en aficcion el cuerpo
Que solo en el mundo queda,
Goce el alma con el alma
Que á Dios triunfante se eleva!

No es la suerte caprichosa
La que al par hunde en la huesa
Como el ábrego inclemente
Flores frescas y hojas secas;

La mano de Dios escoje,
En las hijas de la tierra,
Para gozo de sus cielos
Las almas de mas pureza.

Ella pasó, como pasan
Las divinas mensajeras.
Llevando limpia en la frente
La corona de inocencia.

¡ Gloria á Dios que la ha llamado
Antes que el mundo rompiera
Sus ricas alas de gasa,
Las flores de su diadema!

¡ Gloria á Dios, aunque esa tumba
Melancólica me llena
De amargo llanto los ojos,
Y el corazón de tristeza!

Cardcas, Mayo.—1862.

• JULIO CALCARO.

LUDOVICO.

A MI QUERIDA MADRE.

I.

A dos leguas de distancia de A...., en la falda de una montaña bastante elevada, se encuentra un pueblo pequeño, rodeado de un río siempre transparente y cristalino.

El nombre del pueblo no hace al caso; baste solo el saber, que en él no ha tenido lugar ninguno de esos graves acontecimientos que obligan á la historia á ocuparse de ellos, y hasta me atrevería á afirmar que el cronista mas investigador no podría, por mas esfuerzos que hiciera, encontrar materia para escribir dos renglones.

Ademas, el pueblo no es muy bueno; calles anchas, pero sucias y sin empedrar; casas de un solo piso, fabricadas con ladrillos de barro sin cocer y blanqueadas con cal, una iglesia á medio concluir, dominada por un campanario, al cual se sube por la pared foral cuando hai necesidad de tocar las campanas, porque la escalera no está hecha todavía, ni probablemente se hará nunca; hé ahí su descripción fiel y verdadera; pero en cambio los alrededores no son comparables con nada.

Prados sin fin, siempre verdes y lozanos, arboledas inmensas que se pierden de vista, y por marco de este delicioso cuadro, un río azul como el cielo.

La mejor casa del pueblo, inolusa la del ayuntamiento, está situada enfrente de la iglesia.

La fachada principal se compone de dos rejas bastan-

te grandes separadas por una puerta, y tres ventanas pequeñas en el piso superior.

A la derecha del vestíbulo, que es grande y cuadrado, hai una sala decentemente amueblada, enfrente, una hermosa cocina destartalada y fria, sirve de paso á un jardín donde un manzano y una higuera crecen á sus anchas, mientras las ortigas y las malvas silvestres se disputan el terreno palmo á palmo, y la yedra, desdeñándose de estar en el suelo, trepa por las paredes y las tapiza de verde.

Al plé de las tapias del jardín corre una acequia que hace andar la rueda de un molino que hai á unos treinta pasos de la casa, desde la cual se oye noche y dia el monótono ruido que produce el agua al entrar en la exclusiva.

La casa era propiedad de una señora viuda, ya de bastante edad, que vivia con su hijo, jóven de veinte á veinte y dos años.

La madre se llamaba doña Maria, el hijo Ludovico.

Ludovico era feo: las muchachas del pueblo se lo habian hecho conocer mas de una vez, y el pobre jóven vivia desesperado. Tambien era un poco orgulloso, y sus paisanos huian de él y no le hacian caso, lo cual aumentaba su desesperacion.

Ludovico habria sido feliz á pesar de todo esto, si hubiera sabido serlo, porque su madre lo idolatraba, y su modesta fortuna le bastaba para vivir con desahogo; pero Ludovico hacia como todo el mundo: pasaba su vida persiguiendo ilusiones que no se habrian de realizar jamás.

Ludovico sentia siempre un malestar interior, un deseo ardiente de cambiar de vida, pero al mismo tiempo tenia miedo de equivocarse.

Antes de haber vivido estaba cansado de vivir, si vivir se llama estar en esa especie de limbo que su imaginacion se habia creado, mitad luminoso, mitad profundamente oscuro, que solo presentaba á su alma ideas frias y tristes como un crepúsculo de invierno.

Era una vejez anticipada, mas cruel que la vejez real, porque encubria una juventud que no habia vivido todavia.

Su madre, al verlo siempre tan triste, creyó que estaba enfermo, pero el médico del pueblo no acertaba con la enfermedad de Ludovico.

Sin duda la Providencia hizo que pasara á la sazón por el pueblo un célebre doctor aleman que viajada por placer.

Doña Maria vió el cielo abierto y corrió á la posada

á consultar con él á cerca de la enfermedad de su hijo.

El doctor la escuchó con mucha atencion.

Cuando concluyó le dijo:

—Está bien, señora; ya sé la enfermedad que padece su hijo de U.; pero necesito verlo.

—¡ Ah!.....! y podrá U. curarlo!

—Sí, señora, en muy poco tiempo.

—Entonces voi á buscarlo y volveré con él al momento.... Pero.... perdone U. caballero, desearia saber la enfermedad que mi hijo padece.... ¡ quíere U. decirme si no hai ningun inconveniente!

—Sí, señora; su hijo de U. padece una enfermedad que se llama.... fastidio.... No es de muerte, pero es peligrosa.

Dofia María miró al doctor algunos instantes en silencio, como si no hubiera comprendido bien.

—¡ Fastidio!—dijo por último.

—Sí, fastidio, ese deseo que tiene de estar siempre solo, ese disgusto á la vida, son síntomas muy palpables.

—No lo comprendo á U. pero tengo confianza en sus palabras. Yo solo sé que mi pobre hijo sufre y que U. ha dicho que lo va á curar al momento. ¡ Ludovico se fastidia!.... se aburre á mi lado!.... ¡ No lo entiendo; no sé como un hijo pueda fastidiarse al lado de una madre que lo adora!.... Vuelvo al instante, doctor; voi á buscarlo.

II.

Una hora despues, doña María y Ludovico entraban en casa del doctor.

—Su madre de U. me ha hecho una relacion exacta de sus padecimientos,—dijo el doctor á Ludovico,—y yo estoy dispuesto á curárselos, con tal que U. se preste voluntariamente á ello.

—Dudo mucho que U. me pueda curar,—respondió Ludovico sonriéndose.

—¡ Oh! amigo mio,—añadió el doctor;— he curado enfermedades algo mas graves que la que U. padece.

—¡ U. ha conocido la enfermedad que yo padezco!

—Sí.

—¡ Ah!.... ¡ y cómo! ¡ por qué medios!—dijo Ludovico con acento un poco burlon.

—Haciéndole á U. ver lo que desea.

Ludovico miró al doctor, porque creyó que se burlaba de él.

—¡ Lo que deseo !

—Sí.

—Entónces U. no ha comprendido mi situacion.

—Perfectamente, amigo mio. U. es desgraciado porque no ha sabido aprovechar bien la parte de felicidad que Dios concede al nacer á todos los mortales, y se figura que va á encontrarla en otra parte. A esa otra parte U. no puede llegar; ademas tampoco la encontraria allí, y por eso U. vive desesperado. La enfermedad de U. no reside en el cuerpo, sino en el alma.

—Bien, por eso es incurable.

—Es un error, amigo mio; las enfermedades del alma se curan tambien con los desengaños. Se curan así que se conoce que no hai necesidad de atormentarse tanto para ser feliz, y que solo basta saberlo ser. Si no, veamos. . . . ¡ qué le hace á U. falta para ser dichoso ?

—¡ Oh ! muchas cosas. . . . Me falta una de esas amistades como hai tantas; uno de esos amigos verdaderos confidentes de nuestras alegrías y de nuestras penas, que, por decirlo así, son la mitad de nuestro sér, y cuyo cariño nos sigue mas allá de la tumba. Yo no conozco tampoco ese tierno amor de esposa ó de amante, amor que vivifica nuestra existencia y cuyo dulce acento nos despierta aun cuando estemos durmiendo el sueño eterno. Mi corazon siempre late igual, no siente nada, absolutamente nada; y esto un dia y otro dia, un año y otro año, es monótono y fastidioso, hace de la vida una carga pesada y del amor un sueño continuo sin esperanzas de despertar jamás.

Dofia María, al escuchar las palabras de su hijo, habia sentido desgarrarse su corazon de madre.

El doctor conoció el profundo dolor que la aquejaba, y quiso poner término á la conversacion.

—Bien,—dijo;—precisamente lo que U. ha dicho es lo que yo le voi á hacer ver ahora mismo, y de esa manera conocerá U. si vale la pena de pasar malos ratos por echar de ménos esas cosas que sueña.

Ludovico miró otra vez al doctor para ver si estaba loco.

Este, sin hacer caso, y como si no comprendiera su pensamiento, lo hizo sentar en un sillón; él se colocó en frente y dirigió sus miradas á los ojos del jóven. Levantó las manos al nivel de la frente de Ludovico, y las bajó despues mui despacio.

Esta operacion la repitió tres ó cuatro veces.

Ludovico no opuso ninguna resistencia. Permaneció

impasible por algunos momentos; luego sintió una gran pesadez en los párpados, sus ojos se cerraron involuntariamente, y un adormecimiento profundo se apoderó de todo su ser. La cabeza cayó inerte sobre su pecho y quedó dormido.

—¡ Doctor! ¡ doctor! ¡ mi hijo se muere! —esclamó doña María corriendo hácia Ludovico y estrechándolo entre sus brazos.

—No señora, respondió el doctor sonriéndose, —está dormido. Déjele U. descansar; cuando despierte estará bueno.

—¡ Oh! . . . ¡ qué va U. á hacer á mi hijo? —añadió doña María teniendo siempre á Ludovico entre sus brazos.

—Voi á curarlo. Su hijo de U. va á empezar á vivir por mi voluntad en esa vida que tanto desea; va á encontrar todo lo que busca; amigos, esposa, amantes, todo lo que ha soñado despierto; solamente que esa vida, en vez de ser real, será ficticia; será una vida que cesará cuando yo quiera. Así que despierte verá U. como se avergüenza de haberse creído desgraciado.

—No lo comprendo á U. caballero, —dijo doña María asustada, y hasta me dan miedo sus palabras.

—No tenga U. cuidado, señora; Ludovico no corre ningun peligro, se lo juro á U. Su sueño no puede ser mas tranquilo, como U. vé. . . . Ahora para que tenga buen resultado mi experimento, es preciso que se sienta U. á su lado y guarde profundo silencio.

Doña María obedeció maquinalmente.

El doctor se colocó otra vez delante de Ludovico, volvió á extender las manos sobre su frente y dijo con tono imperioso:

—Quiero que esa vida que has soñado se desarrolle á tu vista, tan clara y tan real como si existiera. . . . ¡ Lo quiero! . . . ¡ Lo mando!

Ludovico se estremeció, y lanzó un ahogado suspiro.

Un nuevo mundo se presentó ante sus ojos. Ludovico habia encontrado un amigo.

(Continuará.)

